



GASTON GUTIERREZ

SOBRE LA ACTUALIDAD DE LA “APUESTA LENINISTA”

Una polémica con Daniel Bensaïd

Si las ideas en contra de la política y los partidos revolucionarios tuvieron pretensión de “hegemonía” hasta el punto de expresar un “sentido común” en los últimos años, ahora estamos asistiendo a un proceso inverso de “retorno de lo político”. Este nuevo “estado de ánimo” se manifiesta por ejemplo en el retroceso del autonomismo y en la primacía que cierta intelectualidad progresista está dispuesta a otorgarle a “lo político”, señalando las debilidades de aquellos que ven las potencialidades de emancipación completamente establecidas en “lo social”.

En el artículo anterior de este dossier discutimos con un sector de autonomistas (Holloway, Bonefeld y Tischler) que, bajo ese tipo de presupuestos teóricos, ven en la estrategia revolucionaria de Lenin y sobre todo en su teoría de la organización revolucionaria, el germen del totalitarismo. Estos intelectuales, en su gran mayoría alejados de toda política práctica, han transformado el retroceso de la clase obrera producto de la derrota del ascenso revolucionario de los años ‘70 en una nueva pseudo-teoría que niega toda perspectiva de revolución social. De ahí su aversión contra Lenin.

Discutiendo contra los postulados autonomistas, desde las filas de organizaciones que se definen marxistas han surgido nuevas interpretaciones sobre la actualidad del leninismo, como parte de una reivindicación más amplia de lo “político”. Éste es el caso de Daniel Bensaïd¹, dirigente de la LCR

¹ Daniel Bensaïd es uno de los dirigentes más importantes de la LCR de Francia desde su fundación. Tuvo una destacada participación en el Mayo Francés de 1968 y es filósofo y profesor de filosofía en la Universidad de París VIII, Saint Denis. Escribió entre otros libros *La discordance des temps* (París, Éditions de la Passion, 1995), *Marx l’impestif* (París, Fayard, 1995), *Les irreductibles* (París, Textuel, 2001) y *Une Lente impatience* (París, Stock, 2004). De sus últimos libros están traducidos al castellano *Marx Intempestivo* (Buenos Aires, Herramienta, 2003), *Los Irreductibles, teoremas de la resistencia de los tiempos que corren* (edición electrónica, www.nodo50.org) y *Cambiar el mundo* (Madrid, Catarata, 2004).

francesa² y filósofo, quien en libros y artículos retoma a Lenin para encontrar, en el pensamiento estratégico del gran revolucionario ruso, una “solución” a la “crisis de la política” y al declive en el que han caído los debates estratégicos. Sin embargo, esta reinterpretación de Bensaïd, como intentaremos demostrar en este artículo, pretende rescatar a Lenin de la condena autonomista al precio de despojarlo de su filo revolucionario.

¿CUAL ES EL SENTIDO DE LA “ACTUALIDAD” DE LENIN?

Según Bensaïd, la “globalización” capitalista, lejos de haber dado lugar a una nueva fase de crecimiento orgánico, ha tenido efectos de una “crisis civilizatoria”. Como lo plantea en un artículo reciente, “En el ámbito mundial, la globalización significa una concentración sin precedentes de la propiedad privada de los medios de producción, de información y de intercambio y de los poderes reales de decisión y coerción. Estamos en la era de la mercantilización y la privatización del mundo. [...] Esta contrarreforma liberal planetaria genera una cuádruple crisis: social, ecológica, democrática y ética. [...] Inscrita en esta perspectiva, la crisis actual no es sólo una crisis económica, es una crisis “política y moral”, una crisis de civilización inherente a las contradicciones propias de la ley del valor”³.

En líneas generales podríamos coincidir con esta descripción del mundo que hace Bensaïd. La ilusión noventista de que existía una “nueva economía” que había superado las contradicciones del capitalismo y, por lo tanto, abría una era de crecimiento sin crisis basada en los avances tecnológicos, acompañada de una extensión de la “democracia”, no duró más de una década, los últimos años del siglo pasado y los que van del nuevo han estado llenos de acontecimientos económicos, sociales, políticos que desmintieron esa visión vulgar. Veamos algunos de los más salientes. Las crisis económicas y financieras como la del sudeste asiático, el default ruso y la crisis argentina de 2001, volvieron a estar presentes en la agenda mundial. Un puñado de monopolios transnacionales con sede en los países centrales concentra, como nunca antes, la riqueza, mientras que en el otro polo, se han incrementado a niveles inauditos las penurias de la gran mayoría de la población mundial. El dominio imperialista del mundo ha llevado a un saqueo sistemático a los pueblos semicoloniales, expoliados por grupos económicos que succionan sus recursos naturales y sometidos a través de los mecanismos de la deuda externa. Políticamente EE. UU., la potencia dominante del actual orden imperialista, ha incrementado bajo el gobierno de Bush y los neoconservadores su presencia militar desde los atentados del 11-S contra las Torres Gemelas, poniendo en marcha una estrategia ofensiva, primero con la guerra contra Afganistán y luego ocupando Irak. Ofensiva hoy empantanada debido a la resistencia opuesta por la propia población iraquí y al deterioro más general sufrido por la hegemonía norteamericana.

Más allá de las recuperaciones o los reestablecimientos de equilibrios parciales, el capitalismo contemporáneo recrea constantemente, para las masas, situaciones “catastróficas”, ya sea por las crisis económicas o por las guerras imperialistas; situaciones que son, en última instancia, las que empujaron al movimiento de masas a retomar las calles, con una tendencia sostenida a la acción directa en América Latina donde la movilización derribó a gobiernos electos—como en Argentina—o abrió un proceso revolucionario—como en

² La Ligue Communiste Révolutionnaire, es la sección principal del llamado Secretariado Unificado de la Cuarta Internacional, cuyo principal dirigente era Ernest Mandel.

³ D. Bensaïd, *Cambiar el mundo*, Madrid, Catarata, 2004, p. 27.

Bolivia—, cuestionando abiertamente la ofensiva neoliberal y el “consenso de Washington”. Esta resistencia a la ofensiva capitalista se advierte también en las crecientes luchas obreras y populares en los países centrales —desde los jóvenes de las *banlieues* y los estudiantes contra el CPE (Contrato del Primer Empleo) en Francia hasta los inmigrantes en Estados Unidos— y en la incipiente recuperación de la subjetividad de la clase obrera luego de tres décadas de retroceso.

Estas características convulsivas de la situación internacional y el deterioro acelerado de las condiciones de vida para la gran mayoría de la humanidad es lo que, para Bensaïd, fundamentaría la necesidad de lo que llama un “nuevo gesto leninista”. Desde nuestro ángulo, diríamos que la actualidad de las premisas objetivas de la revolución socialista es lo que le confiere actualidad al pensamiento estratégico de Lenin.

Sin embargo, como veremos a continuación, no es éste el sentido que tendría para Bensaïd el “gesto leninista” que requiere la situación. En primer lugar, este “gesto” consistiría en cuestionar “la coherencia del orden liberal—capitalista mundial en la forma en la que el cristianismo original atacó los fundamentos del dominio imperial romano. El pensamiento de Lenin es el de la política como estrategia, de sus momentos propicios y de sus eslabones débiles”⁴.

Este cuestionamiento empezaría por buscar una “lógica alternativa a la lógica de los mercados”, lo que según Bensaïd se habría comenzado a hacer en los foros y encuentros del movimiento altermundialista, particularmente en Porto Alegre. A la mercantilización generalizada de todas las esferas de la vida, Bensaïd le opone “una pedagogía activa en torno al bien público; oponiendo las necesidades sociales al interés privado, la apropiación social a la confiscación social, el derecho a la penuria del que hablaba Hegel al derecho del capital”⁵. En este momento de “guerra de posiciones”, el programa que propone Bensaïd se queda en el terreno de las apariencias, buscando hacer “retroceder al mercado” por medio de “la política”, ampliando el proceso de “democratización”. Las tareas centrales abarcarían para Bensaïd en primera instancia “la defensa encarnecida, la transformación y extensión de los servicios públicos; [...] la defensa y la extensión de los sistemas de solidaridad social contra la privatización de las jubilaciones y de la salud; [...] la defensa del contrato colectivo de trabajo contra la individualización de las competencias y de los salarios y por la flexibilidad del tiempo de trabajo; [...] el reconocimiento de las diferencias en el respeto de la igualdad de derechos (para las mujeres, los inmigrantes, las minorías sexuales)”. Y en segundo lugar “una amplia reforma democrática de la vida pública: por la supresión de las instituciones plebiscitarias (como la presidencia de la república de Francia); por la desprofesionalización de la política (adopción de una estricta no acumulación de mandatos y la adopción de un estatuto del electo); por la introducción de formas de proporcionalidad en todas las elecciones (permitiendo acercar la representación electiva a la realidad plural de los representados); por la introducción de una responsabilidad de los mandatarios ante los mandantes; por la igualdad entre los hombres y las mujeres en las responsabilidades de todos los niveles”⁶.

Es indudable que todo programa revolucionario debe comenzar con la defensa y ampliación de las conquistas previas y debe incluir demandas democrático radicales que desnuden la miserable democracia para ricos. Pero éste es solamente el punto de inicio; sin unir estas demandas a la perspectiva estratégica de “expropiar a los

⁴ *Ibidem*, p. 125.

⁵ *Ibidem*, p. 20.

⁶ *Ibidem*, p. 148.

expropiadores” y de destruir al Estado patronal, se transforman en un programa mínimo que aspira solamente a remediar algunos de los males menores del capitalismo. Lejos de cualquier relación con Lenin, precisamente en eso consiste el programa reformista del Foro Social Mundial.

Como vemos, Bensaïd le opone a la “crisis civilizatoria” una serie de medidas que no van más allá de una adaptación a “lo dado”, proponiendo políticas que están lejos de responder a las profundas contradicciones sociales mediante una alternativa verdaderamente anticapitalista. Lejos del “gesto” que por ejemplo le permitió a Lenin, a partir de una comprensión profunda de la dinámica y las contradicciones del capitalismo de principios del siglo XX, apostar a que la Primera Guerra Mundial iba a dar lugar a procesos revolucionarios por las penurias inauditas que tendrían que soportar las masas, a pesar de que la clase obrera de los distintos países e incluso la socialdemocracia alemana habían sido ganadas por el chovinismo, pareciera ser que Bensaïd ha hecho propia la gestualidad vacía de contenido revolucionario que, partiendo del importante retroceso del proletariado a nivel internacional bajo el neoliberalismo, del colapso de los regímenes stalinistas y de la adaptación a las políticas neoliberales de las direcciones sindicales y políticas tradicionales del movimiento obrero, se contenta con buscar otras alternativas más inmediatas, aparentemente más “posibles”, pero que terminan debilitando la perspectiva de una política independiente y revolucionaria de los trabajadores. Valga como ejemplo el “presupuesto participativo” aplicado en la ciudad de Porto Alegre, o la participación en el gobierno de Lula en Brasil, políticas sostenidas por la corriente a la que pertenece Bensaïd y a las que nos referiremos más adelante.

En síntesis, hay una contradicción evidente entre la afirmación de que vivimos en un mundo en el que hay una “concentración sin precedentes de la propiedad privada de los medios de producción [...] de los poderes reales de decisión y coerción”⁷, y el posibilismo político, tanto táctico como estratégico, que Bensaïd ofrece para enfrentarlo.

Si las condiciones son tan terribles, incluso al punto de una “crisis civilizatoria”, no hay ni espacio político y social, ni tiempo para plantear alguna alternativa que no sea la estrategia de la revolución social. Oponer, a este capitalismo imperialista brutal, una lucha de presión por conquistar lentamente espacios públicos democráticos, donde prime “otra lógica”, es alentar la quimera del reformismo.

En su “recuperación”, Bensaïd construye una imagen de Lenin como un político y estrategia genial pero totalmente escindido de la actualidad de la revolución social, por lo que en sus escritos conviven pacíficamente la reivindicación del “cálculo estratégico leninista” con una adaptación cada vez más patente a las políticas de las direcciones reformistas “antineoliberales”.

No hay forma de explicar esta contradicción en su razonamiento que no sea pensar que este posibilismo y “mezquindad” estratégica tiene como piedra de toque una aceptación vergonzante de la idea de la pérdida de la centralidad revolucionaria de la clase obrera que fue el concepto que guió la ofensiva ideológica reaccionaria de las últimas décadas luego de las derrotas de los ‘70. Al contrario, para nosotros la actualidad de Lenin es la actualidad de la revolución proletaria, e implica en primer lugar, renovar la “apuesta leninista” a que la clase obrera emerja como fuerza social en su enfrentamiento contra el Estado capitalista y sea capaz de transformarse en “tribuno” de todo el pueblo explotado y oprimido, es decir, en clase hegemónica. Esta “apuesta” no es una profesión de fe, sino que surge de las contradicciones del capitalismo actual, que plantean en el horizonte histórico del siglo XXI la perspectiva de la revolución social.

⁷ Ídem.

LA LUCHA POR LA HEGEMONIA PROLETARIA EN NUESTROS DIAS

Para los marxistas, el rol central de la clase obrera en la lucha anticapitalista surge de la estructura misma del sistema capitalista. En la *Introducción a la Crítica de la Filosofía del derecho de Hegel*, Marx plantea que el proletariado actúa como clase de emancipación universal porque encarna la síntesis de todos los males de esta sociedad. Por estar ubicada en el centro de la reproducción social la clase obrera no sufre una “injurias particular” sino “la injuria misma”, y al emanciparse a través de la liquidación de la esclavitud asalariada, negándose así como clase explotada, actúa como “clase universal” emancipando al conjunto de las clases y sectores sociales oprimidos.

Sin embargo, para Bensaïd la clase obrera no jugaría ya este rol central. Y esto no tanto porque la clase obrera no esté ahí, muerta o desaparecida, sino más bien porque se ha vuelto invisible “como sujeto”. Después de las derrotas de los ‘70 y la ofensiva capitalista de los ‘80 y ‘90, Bensaïd considera que, si bien hay una extendida condición social de clase, no hay conciencia de clase; la clase obrera ya no es la protagonista principal de los cuestionamientos al capitalismo.

Según Bensaïd, varias décadas de “globalización mercantil, financiera y capitalista” y de neoliberalismo han dado por resultado un abanico de conflictos y movimientos sociales que buscan oponerle, como alternativa, una “globalización contrapuesta”, dentro de la cual, la clase obrera –interviniendo a través de los movimientos sindicales– sería un “actor más”: “La complejidad de las divisiones sociales, la multiplicidad de las resistencias, la intersección de las identidades plantean de una forma nueva el problema de su unidad y su convergencia”. Ante este problema nuevo plantea que “sin duda, las respuestas están en la profundización de la reflexión teórica; pero, sobre todo, en la práctica del nuevo internacionalismo, en el que los sindicatos, los movimientos ecologistas, las marchas de mujeres, las culturas populares oprimidas anudan nuevas alianzas estratégicas y toman conciencia de lo que les es común. Si la pluralidad de los movimientos sociales se impone como un hecho irreversible, la idea de su ‘autonomía relativa’ debería, por lo mismo, derivar en una unidad (al menos relativa); concebida no como una evidencia espontánea, sino como un trabajo estratégico de unificación. So pena de ceder a un inquietante voluntarismo, aún falta buscar (y encontrar) en la realidad social las condiciones efectivas que permitan hacer esta unificación, no sólo necesaria sino posible”⁸.

Pero el llamado “movimiento de los movimientos”, que Bensaïd toma como referencia, no fue en manera alguna una alternativa al dominio capitalista, y sus sectores más radicales fueron contenidos dentro de la estrategia más general de las alas más abiertamente reformistas, que son las que impusieron su dinámica en las distintas ediciones del Foro Social Mundial, tan caro a Bensaïd⁹, que en el caso latinoamericano sirvió en gran parte como plataforma de apoyo a la llegada al gobierno de partidos o coaliciones de centroizquierda que una vez en el poder no se diferenciaron en lo esencial de sus antecedentes “neoliberales”, como son los casos de Lula o del Frente Amplio uruguayo.

Adaptándose al clima política del movimiento “altermundialista” que considera la necesidad de la centralidad de la clase trabajadora en la lucha contra la dominación imperialista como un mero “dogma arqueomarxista”, no extraña que en su reivindicación

⁸ *Ibidem*, p. 93.

⁹ Bensaïd incluso llegó a sostener que “de la misma forma que la globalización de la época victoriana contribuyó al nacimiento de la Primera Internacional, las cumbres alternativas de Porto Alegre, Génova, Seattle [...] tejen lazos planetarios entre los movimientos sociales y las nuevas izquierdas radicales” (*ibidem*, p. 28).

sobre la actualidad de Lenin Bensaïd no haga mención alguna a uno de los rasgos fundamentales que diferenciaron la estrategia leninista de la de los políticos mencheviques: la lucha persistente por la “hegemonía proletaria”. Esto no es un problema del pasado sino completamente actual a la hora de pensar una estrategia para terminar con la dominación imperialista. Justamente la ausencia de todo trazo de “hegemonía proletaria” en el “movimiento de los movimientos” no es un elemento secundario para entender por qué su estrategia nunca fue más allá de un gran “lobbying” de presión sobre los poderes existentes y de ninguna manera una real alternativa anticapitalista a los mismos.

Y es también un elemento clave para entender por qué a pesar de su extensión y masividad sin precedentes en la historia —llegaron a participar 15 millones de personas en todo el mundo en una acción coordinada, dos millones solamente en Gran Bretaña— las movilizaciones contra la guerra imperialista en Irak no lograron sin embargo parar la maquinaria de guerra imperialista. Para ello hubiera sido necesario por ejemplo que en España, Italia o Gran Bretaña, donde predominaba la oposición pública a la guerra, las clases obreras impidieran el suministro a sus ejércitos, paralizaran la industria de guerra y mediante una huelga general pusieran en jaque a esos gobiernos que eran los que realizaban la masacre imperialista contra el pueblo iraquí. Por el contrario, nada de esto impulsaban las direcciones del movimiento antiguerra, aún en los casos en que esta tuvo una fuerte presencia de corrientes que se reivindicaban marxistas revolucionarias, como es el caso del SWP británico en la coalición *Stop the War*.

En su reflexión en torno a la relación entre la pluralidad de movimientos sociales y la clase obrera¹⁰, Bensaïd señala con razón que Lenin no tenía una política “obrerista” frente a los otros actores sociales y que para éste la clase obrera tenía que superar su estadio “corporativo”¹¹. Pero en Lenin esto iba de la mano de que la clase obrera tomara en sus manos los agravios del conjunto de los oprimidos de modo tal de transformarse en clase hegemónica, dirigente, para lo cual era indispensable que tuviera una política conciente para ganarse como aliados al conjunto de las clases oprimidas y dirigirlas contra el estado capitalista.

La cuestión de la hegemonía proletaria demostró ser de vida o muerte en el curso de las distintas revoluciones rusas que culminaron con la toma del poder en 1917. Según Lenin, en la dinámica de la lucha contra el absolutismo zarista, el

¹⁰ Bensaïd afirma que “la izquierda que no ha claudicado se ha refugiado en los movimientos sociales” (*Mientras el viento arrecia el topo trabaja*, Madrid, Viento Sur, 2004). Sin embargo Bensaïd no advierte las consecuencias negativas de este desplazamiento, como afirma David Harvey, refiriéndose a la política de la llamada “Nueva Izquierda” de fines de los ‘60 y principios de los ‘70, que hizo de los movimientos sociales su terreno de intervención: “La Nueva Izquierda adhirió a los nuevos movimientos sociales que eran precisamente los agentes de la fragmentación de la vieja política de izquierda. Sin duda, la pasividad de esta última y, en el peor de los casos el carácter reaccionario de su actitud hacia los temas vinculados a la raza y el género, la diferencia, los problemas de los pueblos colonizados y de las minorías reprimidas, las cuestiones ecológicas y estéticas, justificaban este tipo de desplazamiento, la tendencia de la Nueva Izquierda fue abandonar su fe en el proletariado como instrumento del campo progresista, y el materialismo histórico como forma de análisis. André Gorz proclamó el adiós a la clase obrera y Aronowitz anunció la crisis del materialismo histórico” (*La condición de la posmodernidad*, Bs. As., Amorrortu, 1998, p. 385).

¹¹ “Desde el punto de vista del marxismo, la clase, en la medida en que renuncia a la idea de hegemonía o no la toma en consideración, no es una clase, o no es todavía una clase, sino un *gremio*, o la suma total de varios gremios [...] Es la conciencia de la idea de hegemonía y su aplicación a través de sus propias actividades lo que convierte a los gremios (*tsekhi*) en su conjunto en una clase” (Lenin citado por Perry Anderson en *Las Antinomias de Antonio Gramsci*, México, Fontamara, 1998, p.30).

proletariado “[co]mo única clase consistentemente revolucionaria de la sociedad contemporánea, debe ser la dirigente en la lucha de todo el pueblo por una revolución totalmente democrática, en la lucha de todo el pueblo trabajador y explotado contra los opresores y explotadores. El proletariado es revolucionario sólo en la medida en que es conciente y hace efectiva la idea de la hegemonía del proletariado”¹².

El término “hegemonía obrera” adquirió un sentido concreto en el marxismo ruso y guió la estrategia bolchevique que separaba al proletariado y al campesinado pobre de la burguesía liberal. Ésta fue la divisoria de aguas entre mencheviques y bolcheviques. Para sostener esta alianza de clases el proletariado debía tomar como propias las reivindicaciones progresivas de las demás clases subalternas, principalmente de la inmensa masa de campesinos, buscando quitar toda influencia en ellas de la burguesía liberal y una vez en el poder, realizar incluso las concesiones que fueran necesarias para consolidar esta alianza, aunque estas implicaran incluso privaciones circunstanciales para los obreros, como fue otorgar la tierra a los campesinos posponiendo el programa de colectivización e industrialización del campo. Precisamente la forma en la cual Lenin se ocupaba de la alianza obrera y campesina fue, por cierto, muchísimo más compleja que las actuales alianzas de clase que se piensan reducidas solamente a buscar la unidad de distintos movimientos

¹² Perry Anderson describe las mutaciones del concepto de hegemonía en el marxismo ruso: “El término *gegemoniya* (hegemonía) fue una de las consignas políticas más centrales en el movimiento socialdemócrata ruso [...] La idea que codificaba empezó a aparecer en primer lugar en los escritos de Plejanov en 1883-84, donde insistió en la imperativa necesidad para la clase obrera rusa de emprender una lucha política contra el zarismo, y no solamente una lucha económica contra sus patrones. [Ya que] la burguesía en Rusia era todavía demasiado débil para tomar la iniciativa en la lucha contra el absolutismo: la clase obrera organizada debía tomar las consignas de la revolución democrático-burguesa. [Aunque] continuaba suponiendo que el proletariado apoyaría a la burguesía en una revolución en la que esta última surgiría necesariamente al fin como clase dirigente [...] En la siguiente década, su colega Axelrod fue más lejos. En dos importantes folletos de 1898, polemizando contra el economicismo, manifestó que la clase obrera rusa podía y debía jugar un ‘papel independiente y dirigente en la lucha contra el absolutismo’, puesto que la ‘impotencia política de *todas las otras clases*’ daba una ‘importancia preeminente, central, al proletariado’. ‘La vanguardia de la clase obrera debe actuar sistemáticamente como el destacamento dirigente de la democracia en general’. Axelrod oscilaba aún entre atribuir un papel ‘independiente’ y un papel ‘dirigente’ al proletariado, y otorgaba una importancia exagerada a la posición acomodada al zarismo, dentro de lo que él reafirmaba que sería una revolución burguesa. Sin embargo, su hincapié cada vez mayor en el ‘significado revolucionario totalmente nacional’ de la clase obrera rusa, cristalizó pronto en un cambio teórico cualitativo. Por ello, en adelante, lo que debía manifestarse claramente era la *primacía* del proletariado en la revolución burguesa en Rusia’. [...] La joven generación de teóricos marxistas adoptó el concepto inmediatamente [...] Tras la escisión (1903), Potresov escribió un extenso artículo en *Iskra* reprochándole a Lenin su interpretación ‘primitiva’ de la idea de hegemonía, sintetizada en el famoso llamamiento en el *¿Qué Hacer?* a los socialdemócratas para ‘introducirse entre todas las clases de la población’ y organizar entre ellas ‘destacamentos auxiliares especiales’ para la clase obrera. Potresov se quejaba de que la gama de clases sociales contemplada por Lenin era demasiado amplia, mientras que al mismo tiempo el tipo de relaciones que él planteaba entre estas últimas y el proletariado era demasiado perentorio –al implicar una ‘asimilación’ imposible, en vez de una alianza con ellas. Una estrategia correcta para conquistar la hegemonía para la clase obrera plantearía una orientación externa no hacia elementos inestables como los disidentes acomodados o los estudiantes, sino hacia los liberales demócratas, y no negar, sino respetar, su autonomía organizativa. Lenin, por su parte, acusó pronto a los mencheviques de abandonar el concepto, por su aceptación tácita de la dirección del capital ruso en la revolución burguesa contra el zarismo. Su llamamiento a una ‘dictadura democrática del proletariado y el campesinado’ en la revolución de 1905 estaba precisamente destinado a dotar de una fórmula gubernamental a la estrategia tradicional a la que seguía siendo fiel”. Perry Anderson, *Las antinomias de Antonio Gramsci*, op. cit., p.30.

de lucha. A lo largo de las tres revoluciones rusas el problema de encontrar la concordancia entre la lucha obrera de las ciudades y las luchas campesinas fue crucial. Recordemos que en la revolución de 1905 el desacompasamiento de ambas permitió la derrota de las masas y la sobrevida del zarismo. Con la situación extraordinaria creada por la primera guerra mundial, los “tiempos” del campo y la ciudad se unieron en una crisis nacional, pero de todos modos la crisis por sí misma no resolvía el problema sino sólo lo dejaba planteado. El partido de Lenin no habría podido cumplir un rol de dirección si no pasaba antes exitosamente por la búsqueda de adquirir un peso considerable en la vanguardia obrera, lo cual conquistó en el período previo al “auge revolucionario” anterior a la guerra, donde según la opinión de Lenin, 4/5 partes de la clase obrera industrial apoyaba sus políticas y donde el partido bolchevique se construyó por miles en su seno.

Si en la época de Lenin esto era necesario para poder sacar provecho de la multiplicidad de fuerzas sociales que podían actuar contra el Estado zarista, como las naciones oprimidas o las luchas campesinas, hoy hay que dar cuenta de que la ofensiva capitalista creó “nuevos agravios”, y con ello nuevos aliados potenciales de la clase obrera, lo que hace más actual que nunca el planteo leninista de que el proletariado se postule como clase hegemónica, tomando como propia la lucha por las demandas progresivas de los distintos movimientos a la vez que pelea denodadamente contra los sectores que depositan expectativas en lograr sus demandas en los marcos del actual orden capitalista. Como se ha demostrado en innumerables situaciones históricas, el capitalismo tiene una enorme capacidad para cooptar estas demandas, cuando no puede simplemente reprimirlas. Allí están los ejemplos de cómo el capitalismo pudo en la segunda mitad del siglo XX conceder una autonomía formal a las naciones coloniales, con lo que se modificó la fisonomía del imperialismo pero se mantuvo su carácter expoliador; o cómo buscó contener los reclamos de la minoría afroamericana en los EE.UU. a partir de algunas concesiones democráticas y culturales y cooptando a figuras dirigentes para crear un estrato que sea parte de los círculos dominantes, como expresan hoy Colin Powell o Condoleezza Rice, mientras la inmensa mayoría de la población afroamericana vive miserablemente y puebla las cárceles. Otorgó parte de sus demandas democráticas al movimiento de mujeres para evitar que avanzara hacia cuestionar los fundamentos de su opresión, arraigados en la sociedad dividida en clases y en un sistema basado en la explotación. Asimismo avanzó en la cooptación de los movimientos surgidos tras el cuestionamiento a la destrucción del medio ambiente, como expresa la participación de los “verdes” en los ministerios de diversos gobiernos y su apoyo a las guerras y ocupaciones imperialistas y a las políticas neoliberales, con el patético llamado de Daniel Cohn Bendit a votar por el Si en el referéndum francés sobre la Constitución de la Unión Europea.

Es que el capitalismo se ha mostrado capaz de asimilar a sus propios fines, tomándolos de manera degradada, distintos cuestionamientos parciales a las distintas formas de opresión que provoca, cambiando algo pero con el objetivo de mantener en lo esencial la continuidad del sistema. Es una dinámica propia de la dominación del Estado capitalista utilizar la corrupción, el fraude, las concesiones y asimilaciones reaccionarias de las “demandas” de los movimientos sociales. Incluso en los ‘90 ha incentivado políticas basadas en la “multiculturalidad” y “la diferencia” como forma de mostrar blasones democráticos y naturalizar el dominio de la propiedad capitalista.

Las vías para superar la mayor “complejidad de las divisiones sociales” refuerzan la necesidad de que la clase obrera actúe como “tribuno del pueblo”, es decir, que sea capaz de tomar “todos los agravios” de los sectores explotados y oprimidos, que vaya construyendo su hegemonía al frente de la alianza de clases. Se trata de que la clase obrera sea

capaz de sacar a los movimientos progresivos, de mujeres, de inmigrantes, de pueblos originarios y de distintos grupos oprimidos, de la órbita de influencia de quienes juegan en nuestro tiempo el papel que tenía la “burguesía liberal” en la Rusia zarista. La revolución social es la premisa indispensable para avanzar hacia la resolución efectiva de estas demandas. Decimos premisa porque como planteaba Trotsky en *La revolución permanente*, la toma del poder por parte del proletariado es sólo el inicio de un proceso de transformación social cuya duración es indefinida y en el que es necesario revolucionar las relaciones sociales, familiares, las costumbres, etc. Por el contrario, el razonamiento de Bensaïd, que parte de una adaptación a una situación transitoria en la que la clase obrera aún no logró recuperar su protagonismo, tiene como consecuencia política la adaptación a las direcciones reformistas “antineoliberales”, con lo que lejos de recrear un “gesto leninista” se acerca a las posiciones conciliadoras de los mencheviques enfrentados por Lenin.

Desde un ángulo leninista, para que la unificación de quienes enfrentan las distintas formas de opresión que produce el sistema tenga un contenido verdaderamente anticapitalista, es necesario que se haga bajo la forma de una alianza revolucionaria hegemónizada por la clase obrera.

Indudablemente, uno de los problemas más acuciantes de nuestro tiempo no sólo es la multiplicidad de sectores que resisten aspectos de la opresión del estado capitalista, sino también la fragmentación interna de la propia clase obrera¹³. La tarea de los marxistas revolucionarios es aportar a conquistar la unidad revolucionaria de la clase obrera y su hegemonía sobre el conjunto de los sectores oprimidos, a través de un programa concebido como un sistema de consignas transitorias, que permita unificar a las distintas capas del proletariado, que a pesar de ser la clase más homogénea de la sociedad, unificada objetivamente por la explotación capitalista, siempre ha estado atravesada por divisiones internas. Que la “complejidad de las divisiones sociales” pueda ser hoy mayor no significa que sea menos “posible” la unificación revolucionaria que, por ejemplo, en la revolución rusa de 1917, cuando la clase obrera era totalmente minoritaria en comparación con el campesinado. En la resolución de este problema reside, justamente, la capacidad de la clase obrera de transformarse en clase hegemónica. Esta hegemonía proletaria sólo es posible por medio de un partido obrero revolucionario que tome las demandas del conjunto de los oprimidos y les dé la perspectiva estratégica de la lucha contra el estado capitalista.

CLASE OBRERA Y PARTIDO REVOLUCIONARIO

Estas consideraciones sobre la multiplicidad de los “movimientos sociales” van acompañadas en Bensaïd por una completa autonomización del partido –que es el que debe realizar el “trabajo estratégico de unificación” – de toda base clasista.

Según Bensaïd el pensamiento de Marx estaba basado equivocadamente en una “apuesta sociológica” que otorgaba la “certeza” sobre el rol revolucionario de la clase obrera:

“¿Cómo una clase, física y mentalmente mutilada en lo cotidiano por la servidumbre involuntaria del trabajo forzado, puede metamorfosearse en sujeto

¹³ Si ya Trotsky consideraba que la heterogeneidad interna de la clase obrera constituía una realidad “nada despreciable”, esto en la actualidad se expresa en una coexistencia de tendencias a la unidad y a la fragmentación. Mientras las relaciones salariales se han extendido geográfica y socialmente, la condición obrera se ha vuelto más heterogénea y fragmentada, con diferencias en su seno entre ocupados y desocupados, precarios y permanentes, tercerizados, etc.. Esto implica que la clase obrera está lejos de ser un sujeto ya dado sino que aún necesita conquistar homogeneidad política mediante un programa que una ocupados y desocupados (mediante el reparto de las horas de trabajo), unifique las condiciones laborales y los derechos sindicales.

universal de la emancipación humana? Las respuestas de Marx son todavía sobre este punto tributarias de una apuesta sociológica: el desarrollo industrial conlleva la masificación del proletariado; el crecimiento numérico y la concentración de las clases trabajadoras conllevan un progreso de su organización y su conciencia. La lógica misma del capital llevaría así a la “constitución de los proletarios en clase dominante”¹⁴.

Una mala interpretación de la respuesta que Marx daba a este problema podía llevar, como de hecho llevó, a la concepción reformista socialdemócrata según la cual el propio desarrollo histórico conlleva de manera gradual el avance de la clase obrera. Contra cualquier ilusión de un pasaje “orgánico” que derive necesariamente del desarrollo social la emancipación política de la clase a partir de su preeminencia creciente en la sociedad, retomar a Lenin tendría el sentido de buscar una solución “no sociológica” a este problema. Bensaïd afirma que

“si uno intenta resumir lo que aparece como esencial en las propias ideas organizativas de Lenin, yo resaltaría dos ideas que me parecen concepciones revolucionarias esenciales para esta época, y que retienen su validez hoy. La primera que estuvo en el centro de la polémica en *¿Qué Hacer?* y en *Un Paso Adelante, Dos Pasos Atrás*, es la distinción entre el partido (revolucionario) y la clase (trabajadora) que rechaza todos los intentos confusionistas de combinar o identificar ambos. Esta distinción, elemental desde el punto de vista del marxismo de la Segunda Internacional, implica pensar la especificidad del campo político, su relación de fuerzas, y sus propios conceptos”¹⁵.

Sin embargo, de este planteo deriva un principio equivocado según el cual: “Lenin categóricamente rechaza mezclar la cuestión de las clases con la de los partidos”. Sostenido en el argumento de que la política revolucionaria en Lenin tiene la especificidad de “no ser sólo la continuación lógica de un movimiento social” sino “la intervención política dentro del conjunto de las relaciones recíprocas entre todas las clases de la sociedad”¹⁶, Bensaïd exige planteos en favor de la autonomía de la política, completamente unilaterales, puestos en función de liberar este “nuevo leninismo” respecto a sus pertenencias de clase. Pero del hecho de que la política leninista no puede reducirse a la expresión de los intereses corporativos del movimiento social, no podemos inferir que el partido revolucionario pueda ni deba desembarazarse de su contenido de clase.

Sobre esto Bensaïd insiste en que Lenin tiene “un enfoque completamente opuesto a un obrerismo crudo, que reduce lo político a lo social”¹⁷. Efectivamente la concepción de Lenin del partido revolucionario, entendido como fusión de la intelectualidad marxista y la vanguardia obrera, era opuesta por el vértice al “obrerismo” entendido esencialmente como “sindicalismo economicista”. Este partido revolucionario, aunque aspiraba a dirigir en los momentos decisivos al conjunto de la clase obrera, no la abarcaba en su totalidad, sino que organizaba a los destacamentos de vanguardia del proletariado¹⁸.

¹⁴ Cambiar el mundo, op. cit., p. 98.

¹⁵ “Leninismo en el siglo XXI”, entrevista en *International Viewpoint* N° 335.

¹⁶ Ídem.

¹⁷ *Cambiar el mundo*, op. cit., p. 125.

¹⁸ “Somos un partido de clase, razón por lo cual, *casi toda la clase* (y en tiempos de guerra, en los períodos de de guerra civil, absolutamente toda la clase) debe actuar bajo la dirección de nuestro Partido, debe adherir a nuestro Partido con la mayor cohesión posible; pero sería incurrir en manilovismo y en ‘seguidismo’ pensar que toda la clase o casi toda la clase pueda nunca, bajo el capitalismo, elevarse hasta el grado de conciencia y de actividad de su destacamento de vanguardia, de su Partido socialdemócrata.

Es por esto que las hipótesis leninistas sobre la organización revolucionaria no implican una “ruptura” antidualéctica con los postulados de Marx, como algunos han querido ver. Lenin pensaba en una organización política que esté fuertemente asentada en la clase obrera, en sus luchas y en sus organizaciones. Esto a su vez iba acompañado de una actividad que lejos de reducirse a las demandas económicas de la clase obrera implicaba elevar a ésta a la lucha política por el poder del Estado, actuando como clase hegemónica. La historia de la militancia bolchevique no puede entenderse sin comprender la dialéctica política por la cual los sectores avanzados de la clase obrera plantean un programa que permita unificar a todos los explotados en el enfrentamiento al orden social impuesto por el Estado zarista. Uno de los mejores ejemplos de que Lenin no reducía “lo político en lo social” es la lucha contra las tendencias al “economicismo” que solamente consideraban posible que los obreros expresaran una política sindicalista y corporativa, dejando la vía libre para que los partidos burgueses y pequeñoburgueses les impusieran una política democrático-liberal, con el apoyo de las alas derechas de la socialdemocracia rusa. Contrariamente Lenin tenía una idea más sofisticada de la política obrera, como explica en *¿Qué hacer?*. Mediante la distinción entre “política tradeunionista” y “política socialdemócrata”, le otorga a los propios obreros, no sin un “metabolismo” con el programa marxista del partido, la necesidad de dar respuesta a los distintos problemas que presentaba la lucha política contra la autocracia.

Bensaïd rompe con esta dialéctica leninista al absolutizar la discontinuidad planteada por Lenin entre partido y clase. Con esto no se está dando ningún paso a un “nuevo acto leninista” acorde a las condiciones actuales, sino que, abandonando toda referencia al carácter proletario del partido revolucionario, se vacía de contenido toda la reivindicación que Bensaïd realiza de las “innovaciones” de Lenin en este terreno, cediendo a un eclecticismo que sólo puede servir circunstancialmente para dar cuenta de algunas cuestiones, como no tener una política “obrerista” ante las demandas y los movimientos de lucha de las demás clases subalternas, pero que desarma a los revolucionarios en lo que hace a la tarea de construir partidos revolucionarios fuertemente arraigados en la clase obrera. Como señalamos, el marxismo revolucionario no se declara prescindente a las reivindicaciones progresivas de todas las capas y sectores subalternos contra el dominio del capital, sino que sólo afirma que la resolución “íntegra y efectiva” (Trotsky) de las mismas no tendrá lugar si no es en una transformación efectiva del sistema social mediante una revolución socialista hegemónica por la clase obrera. En función de estos objetivos la postulación de la clase obrera como sujeto dirigente y la lucha por poner en pie partidos revolucionarios de la clase trabajadora no implica de ningún modo “estar atado” a viejos esquemas sino dar cuenta de un componente clave de toda revolución contemporánea.

¿“SEPARAR LA PATRONAL DEL ESTADO”?

Pero las reflexiones de Bensaïd sobre la “autonomía de la política” no se detienen en la relación entre partido y clase, sino que tienden a despojar de una base

Ningún socialdemócrata sensato duda de que, bajo el capitalismo, ni siquiera las organizaciones sindicales (que son más elementales y más asequibles al grado de conciencia de las capas no desarrolladas) no pueden abarcar a toda la clase obrera, o casi toda. Olvidar la diferencia que existe entre el destacamento de vanguardia y el conjunto de las masas que gravita hacia él, olvidar el deber constante del destacamento de vanguardia de *elevar* a grupos cada vez más amplios a su propio nivel de vanguardia, sólo significa engañarse a sí mismo, cerrar los ojos ante la inmensidad de nuestras tareas”. Lenin, “Un paso adelante, dos pasos atrás”, *Obras Completas*, Tomo VII, Bs. As., Cartago, 1969, p. 288.

clasista nada menos que al Estado. Según Bensaïd: “Actualmente nos encontramos en un momento que podemos caracterizar como de ‘totalitarismo de mercado’, con una aguda crisis de las formas políticas. Un momento en el que hemos pasado de la extensión del sufragio, a la vuelta, a través de la exclusión, del sufragio censitario de hecho”¹⁹, por lo que sería necesario retomar a Lenin para una reivindicación de “lo político”, denunciando el proclamado “fin de la política” como parte de la constelación de ideas impuestas por la ofensiva neoliberal.

Para él, la ofensiva capitalista neoliberal sería una forma por la cual se buscó “atenuar” y “diluir” la política, suplantando toda deliberación común de los ciudadanos por las decisiones de las fuerzas del mercado²⁰. Pero, sin desconocer la mayor “mercantilización” impuesta por los avances del neoliberalismo y el fetichismo que comporta todo el discurso de la “globalización”, hay que aclarar necesariamente que en estas últimas décadas no solamente se buscó “diluir” la política, sino también fortalecer ofensivamente el cinismo de la política burguesa y su formalismo característico, por el cual se busca separar completamente la política de las relaciones sociales de clase. Un discurso encubierto, en esta oportunidad, en la ideología neoliberal del avance de la democracia y el mercado. Es que el marxismo de ninguna manera puede establecer a “la política” por encima de las “determinaciones clasistas”, sin relacionarla con los intereses de clase: sin conflictos entre las mismas por la apropiación de la riqueza social sencillamente no existiría la política. La burguesía, por ejemplo, no tendría la necesidad de enmascarar su dominación con ningún sistema político “democrático”, ni el proletariado la necesidad de formar organizaciones, como los sindicatos, para defender sus derechos, ni partidos que representen sus intereses y luchen por terminar con la dominación capitalista.

La idea de una sociedad en la cual exista un “espacio público irreductible a los apetitos privados”²¹, sólo puede pensarse mediante las abstracciones tan comunes en la filosofía francesa actual, que la ha encontrado en la polis griega, de la que omiten por otro lado explicar su basamento en la esclavitud existente fuera de la polis “pública”. Esta búsqueda de la política a través de teorizar un espacio público sin determinaciones clasistas no solamente lleva a un fetichismo de las virtudes de la política, sino que además vacía de todos sus sentidos la reivindicación que Bensaïd realiza sobre Lenin.

Acentuando cómo la esfera política se impone por sobre “lo social”, por las condiciones de la existencia misma del Estado y el juego de la “representación” en los regímenes burgueses democrático-parlamentarios, en realidad no se está avanzando de las propias críticas liberales, o de marxistas conversos, para responder a un supuesto economicismo marxista, que habilitaron a toda una generación que fue parte de las luchas en los ‘60 y los ‘70 a pasarse de lleno a la conquista de espacios y derechos “posibles” dentro de la democracia capitalista, aunque por lo menos estos últimos lo hicieron abandonando toda referencia al marxismo. Estos planteos en favor de absolutizar la relativa “autonomía de la

¹⁹ *Mientras el viento arrecia, el topo trabaja*, op. cit. pág. 11.

²⁰ Para Bensaïd las sentencias de muerte de toda política aparecieron de la mano del avance arrollador de los mercados: “Hannah Arendt temía que la política terminara por desaparecer completamente del mundo, no solamente por la abolición totalitaria de la pluralidad, sino también por la disolución mercantil que es su cara oculta. Este temor está confirmado por el hecho de haber entrado en una era de despolitización, donde el espacio público está recortado por las fuerzas violentas que acompañan el horror económico y por un moralismo abstracto. Este debilitamiento de la política y de sus atributos (el proyecto, la voluntad, la acción colectiva) impregna la jerga de la posmodernidad”. *Cambiar el mundo*, op. cit. p. 123.

²¹ *Ibidem*, p. 124.

política”, sin ningún beneficio de inventario que los desmarquen de toda variante liberal, en realidad están “abriéndose” a las ideas más simples y viejas del oportunismo político.

Bensaïd en sus análisis opone mercado y democracia, llegando a afirmar que son efectivamente antagónicos. En el mismo sentido, el “neoliberalismo” es analizado principalmente como una fase de mayor mercantilización del mundo, como es descrito usualmente dentro de los movimientos “altermundialistas”, dando una descripción superficial que crea la ilusión de que es posible oponerle una lucha contra los mercados y las corporaciones en pos de ampliar el “espacio de lo público”. En este sentido sus planteos son congruentes a lo señalado por otros teóricos de la LCR, como Antoine Artous, en el sentido que es necesario luchar por la “democracia hasta el final”, como la forma de ir avanzando gradualmente en la “emancipación social”, cuestión que lleva inevitablemente a una nueva “ilusión política”, como la que criticaba Marx en las corrientes de la democracia pequeñoburguesa, pero acorde con las nuevas circunstancias históricas. Es por esto que sus planteos concretos apuntan a buscar conquistar un “espacio democrático” incluso dentro del orden del régimen y el Estado burgués, como fue la reivindicación que durante los últimos años hizo Bensaïd de la experiencia del presupuesto participativo del municipio de Porto Alegre²², ayer en manos de los sectores de la izquierda del PT²³ que compartían con Bensaïd una misma organización internacional, y que fue perdido en las últimas elecciones municipales a manos de los opositores de la derecha brasileña. Este consistía en dejar un porcentaje mínimo del presupuesto estadual para que los ciudadanos debatieran qué prioridad darle, y era el eje central de las medidas para una nueva “democracia participativa” que supuestamente terminaría con la separación de las decisiones públicas entre los representantes estatales y el pueblo. Sin embargo, luego de más de 15 años de “presupuesto participativo” realizado por el PT y por otros Estados gobernados por otros partidos burgueses, la separación entre el pueblo y las “prioridades” que realiza el Estado de los recursos públicos no pueden estar más separados en el Brasil actual. Paradójicamente, Bensaïd es crítico del “giro neoliberal” de Lula pero reivindica esta política practicada por sus amigos de la “izquierda petista”, quienes durante años se esmeraron en justificar esta política reformista de supuesta “utilización progresiva” del Estado burgués. Política que no se detuvo en la “escala municipalista” sino que terminó en la escandalosa “experiencia” que protagonizaron miembros brasileños de la corriente internacional a la que pertenece de Bensaïd que pasaron a ocupar importantes cargos políticos en la administración lulista, aún a pesar del curso completamente neoliberal que tomó la misma²⁴.

²² Para una explicación del presupuesto participativo se puede consultar el artículo “Sobre la ‘democracia participativa’ o una nueva forma ingeniosa de engañar a los trabajadores” en *Estrategia Internacional* N° 17.

²³ Nos referimos a la corriente Democracia Socialista, fuerza mayoritaria durante varios años en la Intendencia de Porto Alegre, históricamente la sección oficial del Secretariado Unificado de la Cuarta Internacional. Esa relación hoy está en crisis debido a la permanencia de un miembro de la DS, Miguel Rosetto, como ministro del gobierno de Lula, cuestión que fue criticada, luego de su apoyo inicial, por el mismo Bensaïd. Un sector de la DS encabezado por la senadora Heloisa Helena salió del PT para fundar junto a otras tendencias el PSOL.

²⁴ Democracia Socialista, el grupo brasileño del SU, la corriente internacional a la que pertenece Bensaïd, tiene el “mérito” de haber instaurado, tristemente, el “ministerialismo” como una práctica degradada en la izquierda que se reivindica trotskista, teniendo el puesto principal del Ministerio de Desarrollo Agrario, que no hace ninguna reforma agraria sino que cercena los derechos de los campesinos sin tierra, además de tolerar estar en el mismo gobierno que organiza represiones contra los trabajadores y los campesinos. Pero esto está lejos de ser un accidente vergonzante sino que es el resultado de toda una lógica política de ir buscando el costado progresivo

Estas ilusiones en la “democracia participativa” nada tienen que ver con el acervo leninista sino con el kautskismo tan criticado por el dirigente de la revolución de Octubre. Recientemente, Bensaïd llegó a plantear incluso, como coronamiento de un programa común “antineoliberal” de toda la izquierda francesa, la idea de que: “Habría que, en estos tiempos de aniversario de la separación de las Iglesias y del Estado, proclamar por fin la separación de la patronal del Estado”²⁵. ¿Separar la patronal del Estado? A pesar de lo verdaderamente peregrino del asunto, hay que advertir que buscar separar el Estado de la patronal, o buscar llenar de un supuesto contenido social y democrático al Estado, no sólo son las ideas más viejas del socialismo reformista que se han demostrado completamente ineficaces, sino que son problemas que directamente no tiene sentido plantearse si uno lucha por imponer verdaderamente los intereses de las clases explotadas. Recordemos básicamente que el Estado es un órgano de dominación de clase, el que a su vez puede presentarse a sí mismo como la encarnación de una “voluntad general”, “separada” directamente de la patronal, lo cual no le impide jugar su rol sino al contrario. Para Lenin la mayor democracia o no otorgada por el Estado capitalista depende de las variaciones que las clases dominantes quieran o estén obligadas a darle a su “envoltura de dominación”:

“Los señores capitalistas han aprendido perfectamente un hecho que reconocen de palabra todos los partidarios del socialismo científico, pero que los mencheviques y los eseristas procuraron olvidar tan pronto como sus amigos lograron cómodos puestos de ministros, viceministros, etc.[...] Ese hecho es que la esencia económica de la explotación capitalista no varía en los más mínimo porque las formas monárquicas de gobierno sean sustituidas por las republicanas democráticas, y que, por consiguiente, también lo contrario es cierto: sólo la forma de la lucha por la inviolabilidad y la santidad de los beneficios capitalistas, necesita ser modificada para salvaguardarlos bajo una república democrática con la misma eficacia que bajo una monarquía absoluta”²⁶.

Para Lenin: “no hay término medio. Y en esto reside la contradicción fundamental de nuestra revolución [...] No hay peldaño intermedio”, no hay ningún proceso verdaderamente democrático que no deba avanzar decididamente sobre las posiciones de las clases dominantes, instaurando un proceso de revolución que no se detiene. Todo se reduce a lo mismo: la dominación de la burguesía es incompatible con una democracia verdadera, auténticamente revolucionaria. En el siglo XX, y en un país capitalista, no podemos ser demócratas revolucionarios si tememos marchar al socialismo”²⁷.

En Bensaïd, como en su partido la LCR, el abandono programático de la estrategia de la dictadura del proletariado implica postular la ilusión de que es posible un “término medio” entre la dominación social y política de la burguesía y el proletariado, rompiendo la dialéctica existente en el marxismo entre emancipación social y

dentro del campo del régimen burgués, como se expresa en las sucesivas adaptaciones en las que caen las organizaciones pertenecientes al SU en otras situaciones políticas, como la última votación al “mal menor” de Chirac contra Le Pen en las elecciones presidenciales francesas, o como su corriente en Italia, que realizó durante años una participación prácticamente acrítica del sector mayoritario de Bertinotti dentro de Refundación Comunista, partido que hoy forma parte central de la alianza gubernamental Unione con el ala “social liberal” de la burguesía italiana encabezada por Prodi.

²⁵ Daniel Bensaïd y Samuel Joshua, “Izquierda: la hora de las decisiones”, en www.vientosur.info.

²⁶ V. Lenin, “La catástrofe que nos amenaza y cómo combatirla”, Septiembre de 1917, *Obras Completas*, Tomo XXVI, op. cit.

²⁷ Ídem.

emancipación política y negando las tesis de Marx de que la clase obrera no puede utilizar el Estado existente para sí misma sino que inevitablemente debe destruirlo²⁸.

LA “ILUSION POLITICA” (O LA DEMOCRACIA ES UN SUEÑO ETERNO)

Ahora bien, para todo lector resultará comprensible preguntarse cómo una corriente que se reivindica marxista puede llegar a este tipo de posiciones teórico-políticas a favor de luchar por ampliar los márgenes de una “democracia pura”, y menos aún traer a colación a Lenin cuando estas propuestas son semejantes, en todo sentido, a aquellas que éste le imputaba duramente a Kautsky como una forma de “servilismo” y adaptación oportunista al liberalismo burgués. El análisis de Lenin sobre la democracia burguesa tenía muy presente como punto de partida que ésta es una presión constante y que es fuente del surgimiento de alas oportunistas dentro del socialismo. Buscó contraponerle una estrategia cuyos fundamentos estuvieran basados en la lucha de clases contra el Estado, en la búsqueda de erosión de esta democracia ‘ilusoria’ demostrando ante las masas que esta no es más que el velo de la dominación de clase. Preparando al mismo tiempo, estratégicamente, a las organizaciones de la clase obrera y demás clases subalternas para la lucha por un nuevo Estado cuyo contenido no podía ser otro que una “dictadura del proletariado” frente a las clases enemigas; y que implicaba una nueva democracia basada en la intervención democrática directa de las masas, en el control progresivo de las decisiones económicas y políticas, en la revocabilidad de los dirigentes y representantes. Este era el programa planteado por Lenin en *El Estado y la revolución* y la experiencia histórica enriqueció sus formas concretas a través de los soviets en la revolución rusa.

Pero Bensaïd, al igual que otros teóricos de la LCR, cuestionan a Lenin por no haber pensado las formas institucionales necesarias luego de la revolución: “En *El Estado y la revolución*, los partidos están sencillamente llamado a perder su función en beneficio de una democracia directa que no sería ya completamente un estado separado. Contrariamente a las esperanzas iniciales, la estatización de la sociedad triunfó sobre la socialización de las funciones estatales [...] paradójicamente, las debilidades de Lenin sobre este punto tienen que ver tanto, o más, con sus inclinaciones libertarias como con sus tentaciones autoritarias. Como si, paradójicamente, un lazo secreto uniera las unas con las otras, o en los términos de Marx la ‘ilusión política’ (estatal) a la ‘ilusión social’ (libertaria)”. Pero la solución que nos proponen a esto Bensaïd y sus amigos es un sistema de “doble legitimidad” entre la democracia soviética de los trabajadores y el sufragio universal, en el cual este último tiene preeminencia en última instancia²⁹. De esta forma caen en el mismo error que la formulación de Kautsky que oponía abstractamente dictadura y democracia y según la cual “la ‘dictadura del proletariado’ era para Marx una situación que surge de la democracia pura, si el proletariado constituye la mayoría”³⁰, y ponía como ejemplo que la Comuna de París se organizó en base al sufragio irrestricto. Sin embargo Lenin impugna fuertemente esta forma de entender las formulaciones de Marx: “¿No es ridículo presentar como ‘democracia pura’ con ‘sufragio universal’ la división de los habitantes de París en dos campos beligerantes, uno de los cuales abarcaba a todo el sector

²⁸ En el artículo “Más allá de la democracia liberal y el totalitarismo” se encuentra una crítica al abandono de la dictadura del proletariado y su reemplazo por la estrategia de la “democracia hasta el final”. C. Cinatti y E. Albamonte, *Estrategia Internacional* N° 21.

²⁹ Artous, A. “La révolution c’est la démocratie jusqu’au bout”, *Critique Communiste* N° 169/170.

³⁰ V. I. Lenin, “La revolución proletaria y el renegado Kautsky”, Bs. As., Anteo, 1974.

militante y políticamente activo de la burguesía?”. Si todo proceso revolucionario instaura “dos campos beligerantes” las formas políticas que se adopten no son neutrales. La política de Lenin es buscar ampliar la democracia de los oprimidos e imponer una dictadura de éstos sobre los opresores. La política de Bensaïd en cambio, al otorgar preeminencia a los métodos democráticos formales, se vuelve impotente ante situaciones de conflictos.

Ni “ilusión política”, ni “ilusión social”, la política estratégica de Lenin de luchar por tomar el poder e instaurar un régimen transitorio de dictadura del proletariado se asentaba concretamente en la apuesta de que fuera la participación directa de los trabajadores la que, a través de la democracia soviética, buscara una emancipación integral, a la vez social y política, que subsumiera las tareas del Estado, aboliéndolo, en la apropiación conciente de sus tareas por parte de los trabajadores y en la gestión democrática de la propiedad socializada de los medios de producción³¹. Al contrario de Bensaïd, que no considera esta posibilidad, para Lenin en la experiencia de construir un nuevo Estado basado en los soviets estaba unida la solución a la problemática “social” y a la “política”. Las afirmaciones de *El Estado y la Revolución* explican cómo la revolución es un proceso por el cual el Estado va perdiendo poder, primero producto de la crisis de poder, luego bajo alguna forma de dualidad de poderes, hasta llegar a la guerra civil y a la lucha por el derrocamiento del Estado. Es por esto que Lenin, siguiendo a Marx, no está preso de ninguna “ilusión social” al pensar que: “El proletariado no puede ‘apoderarse’ del ‘aparato del Estado’ y ‘ponerlo en marcha’. Pero sí puede destruir todo lo que hay de opresor, de rutinario, de incorregiblemente burgués en el viejo aparato del Estado, y reemplazarlo por un nuevo aparato, propio. Este aparato es, precisamente, los soviets de diputados obreros, soldados y campesinos”³². Aunque el “aparato del Estado” no desaparece del todo, en lo que hace a sus funciones organizativas de la vida social:

“Además del aparato de ‘opresión’ por excelencia —el ejército regular, la policía y la burocracia— el Estado moderno tiene un aparato que está íntimamente vinculado con los bancos y los consorcios, un aparato que realiza, si vale la expresión, un vasto trabajo de contabilidad y registro [...] crea un aparato de registro en forma de bancos, consorcios, servicios postales, sociedades de consumidores y sindicatos de empleados públicos. Este aparato no puede ni debe ser destruido. Lo que hay que hacer es arrancarlo del control de los capitalistas; hay que separar, incomunicar, aislar a los capitalistas, y a los hilos que ellos manejan, de este aparato; hay que subordinarlo a los soviets proletarios; hay que hacerlo más vasto, más universal, más popular. Esto se puede lograr apoyándose en las conquistas ya realizadas por el gran capitalismo (así como la revolución proletaria puede, en general, lograr su objetivo sólo apoyándose en esas conquistas)”³³.

Controlar y suplantarse progresivamente a través de los soviets toda el esqueleto de la sociedad, hasta ahora dominado por el Estado y los capitalistas, mediante una nueva organización democrática, un nuevo Estado, era el planteo de Lenin:

³¹ Para un análisis exhaustivo se puede consultar “La actualidad del análisis de Trotsky frente a las nuevas (y viejas) controversias sobre la transición al socialismo” de Claudia Cinatti, en *Estrategia Internacional* N° 22.

³² V. I. Lenin, “¿Se sostendrán los bolcheviques en el poder?”, Septiembre de 1917, *Obras Completas*, tomo XXVII, Bs. As., Cartago, 1970.

³³ Ídem.

“Los soviets son un nuevo aparato de Estado que, en primer lugar, proporciona una fuerza armada de obreros y campesinos, y esa fuerza no está divorciada del pueblo, como lo estaba el viejo ejército regular, sino muy estrechamente ligada al pueblo. Desde el punto de vista militar, esta fuerza es incomparablemente más poderosa que las anteriores; desde el punto de vista revolucionario nada puede reemplazarla. En segundo lugar, este aparato ofrece un vínculo con las masas, con la mayoría del pueblo, tan estrecho, tan indisoluble, tan fácil de verificar y renovar, que no encontramos nada ni remotamente parecido en el anterior aparato del Estado. En tercer lugar, este aparato, por ser sus integrantes elegibles y sujetos a revocación por voluntad del pueblo, sin ninguna formalidad burocrática, es mucho más democrático que cualquier aparato anterior. En cuarto lugar, ofrece un estrecho contacto con las profesiones más diversas, facilitando de este modo, la adopción de las reformas más diversas y más radicales sin burocracia. En quinto lugar ofrece una forma de organización para la vanguardia, es decir, para el sector de las clases oprimidas más enérgico y más progresista, los obreros y los campesinos con mayor conciencia de clase, y constituye así un aparato por medio del cual la vanguardia de las clases oprimidas puede elevar, preparar, educar y dirigir a toda la gigantesca masa de estas clases, que hasta hoy permanecía completamente al margen de la vida política, al margen de la historia. En sexto lugar, brinda la posibilidad de combinar las ventajas del parlamentarismo con las de la democracia inmediata y directa, es decir, de reunir, en los representantes elegidos por el pueblo, las funciones legislativas y ejecutivas. Comparado con el parlamentarismo burgués, es un avance de trascendencia histórica mundial en el desarrollo de la democracia”³⁴.

Conjuntamente con la “socialización de las funciones estatales”, como la describe Bensaïd, en el pensamiento de Lenin la representación política no está llamada a desaparecer mediante un acto mágico de eliminación de las diferencias sociales y menos aún mediante un acto autoritario, como podría ser la pulverización de los partidos y la libre actividad política de las masas que tuvo lugar con el desarrollo del “totalitarismo burocrático” de Stalin. Nada nos lleva a pensar que el pensamiento de Lenin estaba atado a alguna “tentación autoritaria”. Por el contrario, para Lenin el lugar de la “representación” y de la lucha política de estrategias eran los soviets de obreros, campesinos y soldados, en los que además del partido bolchevique intervenían mencheviques y eseristas. Esta pluralidad de partidos y la libertad de conformación de fracciones internas, sólo fue interrumpida como medida excepcional durante la guerra civil, momento en que el partido bolchevique concentró la dirección del estado para defender la revolución. Esta medida transitoria fue elevada a norma del estado y a concepción de régimen de partido único por Stalin. De hecho, Lenin pasó sus últimos días combatiendo contra la burocratización del estado y del partido bajo la dirección de Stalin. Finalmente terminó triunfando la contrarrevolución stalinista liquidando todo vestigio de democracia soviética. Posteriormente Trotsky en su lucha contra el stalinismo y su concepción de “partido único”, transforma en una norma programática explícita el pluralismo de partidos soviéticos, donde es clara su continuidad con las concepciones de Lenin. No casualmente, como recuerda Trotsky en *La revolución traicionada*, Krúpskaya sostenía la opinión, en 1926, de que en la “noche negra” en que se imponía el stalinismo, si Lenin hubiese estado vivo su destino sería la cárcel o la muerte.

En contraposición con estos objetivos estratégicos “leninistas”, crear una nueva “ilusión política” basada en la idea de democracia como un supuesto campo neutral a

³⁴ *Ibidem*, p. 213.

partir del cual puede pensarse un proceso emancipador, es la muestra más cabal de los moderados objetivos actuales que guían las reflexiones políticas de Bensaïd. Esto sin dudas se explica por las condiciones históricas adversas de las últimas décadas, caracterizadas por la derrota de las revoluciones de los '70 de la mano del neoliberalismo, donde la reacción ideológica realzó la democracia burguesa como el único horizonte posible, reforzada, a su vez, por la caída del stalinismo que había desvirtuado ferozmente los objetivos del socialismo y de la dictadura del proletariado. Sin embargo, ninguna relación de fuerzas justifica desvirtuar las herramientas estratégicas. Trotsky explicaba que en los momentos de reacción hay que cuidarse de no retroceder de las posiciones conquistadas; si no es posible mantener las posiciones prácticas ganadas en la lucha de clases por lo menos no retroceder de las posiciones teóricas que preparan las luchas futuras. Actualmente estamos dejando atrás el período de derrotas. No se trata sólo de impugnar los engaños de la "democracia para ricos" (Lenin), sino de poder buscar las formas por las cuales avanza la recomposición social y política en curso en retomar un camino revolucionario.

¿“ASIR EL MOMENTO ESTRATEGICO”? (O UN SALTO FILOSOFICO POR ENCIMA DE LA HISTORIA Y DE LA POLITICA)

Junto a las operaciones teóricas que realiza absolutizando la autonomía de la política respecto de su base clasista, que venimos criticando, Bensaïd construye además una interpretación de la historia del partido bolchevique según el cual la esencia de la pelea de Lenin fue "estar abierto" para saber aprovechar las oportunidades imprevistas. Sus ideas no solamente dan un punto de vista parcial e incompleto de la historia del partido de Lenin, sino que contextualizadas en las demás elaboraciones teóricas y políticas de Bensaïd se transforman en una justificación "elevada" del oportunismo político.

En varios artículos la elaboración de Bensaïd busca combinar filosofía y política a través de poner en diálogo algunos párrafos geniales de los escritos filosóficos de Lenin en los que éste comenta la dialéctica de Hegel como aquellos "saltos que rompen la gradualidad", con la forma en la cual Lenin busca dar cuenta de los eventos inesperados que surgen en los momentos de crisis, en los cuales la verdad oculta de las relaciones sociales se nos presentan más claramente. Pero bajo esta lógica Bensaïd da una clave de lectura parcial, según la cual, el leninismo consistiría en poder "asir el momento estratégico"³⁵, tener política ante los "eventos inesperados y las posibilidades efectivas de una coyuntura determinada" y el "arte de la consigna correcta"³⁶. A través de apelaciones a los "saltos" y las "rupturas" que rompen la "gradualidad" de las situaciones históricas, se busca apelar a Lenin para justificar, con el objetivo de la búsqueda de "lo nuevo", una forma de reducir la política leninista a una especie de "realpolitik" del "aprovechamiento de las oportunidades estratégicas".

El problema es que la lógica política del leninismo está lejos de reducirse al aprovechamiento de las "oportunidades estratégicas", a las que, por otra parte, hay que llegar preparado con antelación para aprovecharlas cuando se presentan. Las oportunidades están lejos de surgir "completas" en los momentos de crisis. La existencia de un partido revolucionario es un elemento central de la "crisis revolucionaria" y es también el menos improvisado de los factores que actúan en ella: para que éste pueda jugar un rol decisivo en ella no hay otra alternativa que construirlo previamente.

Es claro que a Lenin le corresponde el mérito de saber "girar a tiempo" ante los sucesos inesperados, de palpar la sensibilidad del estado de ánimo de las masas e

³⁵ *Cambiar el mundo*, p. 127.

³⁶ *Idem*.

identificar el punto de quiebre de una situación política por el cual se puede desencadenar el “espíritu de escisión” (Sorel) de las masas con sus explotadores y, consecuentemente, siempre buscó acertadamente tener la flexibilidad necesaria para abrirse a los giros revolucionarios de las masas y enriquecer la práctica del partido. Pero lo cierto es que la estrategia de construcción del partido revolucionario de Lenin no estuvo menos caracterizada por una extendida, amplia y larga preparación para poder llegar preparado al “momento estratégico”. Lo que implicaba ir resolviendo el problema histórico de lograr que las ideas revolucionarias se fundieran con la vanguardia obrera. De hecho creemos que esta es una de las claves de interpretación de esta historia y una enseñanza que mantiene plena actualidad, la tarea de emprender un proceso de fusión del marxismo con la vanguardia obrera, para que las ideas revolucionarias se tornen una “fuerza material” expresada en un partido de combate revolucionario. Consumar exitosamente esta cuestión implicó al mismo tiempo que la “apertura” del partido ante los giros a la izquierda de las masas, la lucha y la delimitación intransigentes con los programas y estrategias de las tendencias rivales.

El partido de Lenin tiene una historia compleja, marcada por las distintas circunstancias por las que pasó, las casi innumerables polémicas ideológicas y políticas y, a su vez, las diversas problemáticas que tuvo que ir enfrentando. Es esa complejidad de la que no pueden dar cuenta las historias stalinistas construidas en base a la “infabilidad histórica” del aparato, el “culto a la personalidad” y los dogmas incontestables pero siempre cambiantes, según fueran las orientaciones erráticas de la burocracia stalinista. Tampoco dan cuenta de ella las versiones simplificadoras que atacan al partido leninista caricaturizándolo como un “centralismo burocrático” y un “elitismo vanguardista”, una falsa descripción construida en base a argumentos simétricos a los stalinistas que son tomados por ciertos por autonomistas y libertarios que llevan a considerar el bolchevismo por fuera de las contradicciones propias de los acontecimientos y culpando a la forma de los “partidos revolucionarios” de las derrotas de las revoluciones, que dependen de factores históricos mucho más decisivos.

Aunque Bensaïd de ningún modo cae en estas dos formas de falsificar la historia, se construye un relato propio de esta historia compleja construido en recortes “a medida”, no exentos de giros metafísicos, un leninismo “de ocasión” adaptado a las diversas circunstancias y a las coordenadas ideológicas y políticas que más convengan en el momento. En contra de los “usos” erróneos que se podían hacer de la experiencia de la revolución de Octubre, Lenin aconsejaba aprender las enseñanzas del bolchevismo en “todos sus momentos”. El partido de Lenin no hubiera podido aprovechar “su oportunidad” si no se hubiera forjado pasando todos esos momentos que Lenin agrupaba en base al criterio de los flujos y reflujos de la lucha de clases. Estos son: “años de preparación de la revolución (1903-05)”; “años de revolución (1905-07)”; “años de reacción (1907-10)”; “años de ascenso (1910-14)”; “la guerra mundial (1914-17)”; “segunda revolución (febrero-octubre de 1917)”³⁷. Es justamente a partir de este criterio que puede buscarse una concepción alternativa a lecturas como la de Bensaïd, que extrapola aquellos momentos de “saltos” o de “giros” más allá del análisis concreto de la lucha de clases. Siguiendo las enseñanzas de estos momentos, podemos desentrañar cómo la situación de la lucha de clases imponía tareas preparatorias sembradas en función de intentar prever el curso de los acontecimientos. Esto puede hacer inteligible cómo, en un sentido, cada etapa se engendra en la anterior y las distintas fases se interpenetran, en un proceso de continuidades que de ningún modo excluyen los “saltos”, pero sin el cual no hay forma de “aprehender la oportunidad” cuando ésta aparece.

³⁷ Lenin, *El izquierdismo, enfermedad infantil del comunismo*, Moscú, Progreso, 1976.

LENIN Y LAS TAREAS PREPARATORIAS (DIGRESIONES SOBRE LA HISTORIA DEL BOLCHEVISMO)

En la génesis del bolchevismo, la división de la Iskra (en 1903) en un principio dada por las cuestiones de organización que implicaban las diferencias entre Martov y Lenin sobre cómo definir y delimitar la militancia partidaria, que, aunque parecían sutiles, en realidad, contenían importantes definiciones sobre el carácter del partido, terminó siendo una tarea preparatoria clave en la propia revolución. Con el tiempo se demostró que en estas cuestiones se “escondían” diferencias mayores en cuanto a las valoraciones de los “amigos y enemigos” del proceso de la revolución: los mencheviques tendían a la conciliación con la burguesía y los bolcheviques eran el centro político de un punto de vista revolucionario independiente. Con la apertura de la revolución en 1905 las dos tendencias se pusieron a prueba, la dirección menchevique se vio desbordada por los acontecimientos y su propia base intervino en los soviets obreros, dirigidos por el ala izquierda que se nucleaba en el periódico sacado por Trotsky, *Nachalo*³⁸, quien estaba enfrentado con la dirección menchevique y cercano al bolchevismo por mantener una política independiente del proletariado. Sin embargo, la dirección de los mencheviques sacó lecciones que tiraron por la ventana la experiencia de 1905 corrigiendo su estrategia “hacia derecha”. Los bolcheviques, en cambio, aprendieron de la revolución, corrigieron rápidamente el error de subvalorar los soviets y los incorporaron como elemento central de su estrategia de poder. Aunque todavía sólo era el “ensayo general” claramente se delinearon dos estrategias en los debates sobre las lecciones posteriores al proceso de 1905. En última instancia, el aprovechamiento de esta experiencia de trascendencia mundial para la lucha proletaria como fue la primera revolución triunfante del siglo XX, no habría tenido lugar sin las conclusiones sacadas sobre el proceso de 1905 por la fracción bolchevique.

De la misma forma, las divisiones que se dieron con el comienzo del período de reacción fueron “preparatorias” para poder intervenir en los años de ascenso. Después de 1905 sobrevino, desde 1907 hasta 1910, un fuerte período de reacción donde Lenin entabló duras batallas, desde el terreno ideológico hasta el táctico, y por lo cual enfrentó todo tipo de discusiones con distintas fracciones dentro de la socialdemocracia rusa. Dos de las discusiones más significativas, que ocurrieron en forma simultánea, fueron, por un lado, la polémica contra los “liquidacionistas”, quienes frente a la derrota pretendían adaptarse a los estrechos márgenes legales que les dejaba el zarismo, “liquidando” la organización ilegal del partido y, por otro lado, contra el sectarismo “otzovista”, que representaba la otra cara de la moneda y frente a la derrota buscaba refugio en las acciones ultraizquierdistas y desesperadas sin reconocer la relación de fuerzas existente entre las clases (que se había modificado negativamente), y desdeñando la búsqueda, en esa situación, de las vías posibles hacia las masas. Pero a través de estas peleas se fue preparando la fracción bolchevique para agrupar bajo sus banderas a los trabajadores en el próximo ascenso. Como explicaba Trotsky:

“La labor de Lenin durante los años de reacción (minuciosa y detenida en los detalles, audaz en su amplitud de intención), constituirá siempre una gran lección de preparación revolucionaria: Aprendimos en el tiempo de la revolución –escribió Lenin en julio de 1909– a hablar francés, esto es... a despertar la energía y la amplitud de la lucha directa de masas. Ahora, en la época del estancamiento, de reacción, de disgregación, hemos de aprender a hablar alemán, esto es... a obrar despacio...”

³⁸ Originalmente vocero de los mencheviques, las posiciones sostenidas por este periódico en el curso de la revolución de 1905 fueron muy similares a los planteos de los bolcheviques.

ganando pulgada a pulgada'. El líder de los mencheviques, Martov, escribió en 1911: 'Lo que hace dos o tres años antes sólo en principio reconocían los dirigentes del movimiento abierto, esto es, los liquidadores, a saber, la necesidad de montar el Partido 'en alemán... ahora se reconoce como tarea para cuya realización práctica es ahora el momento de disponernos'. Aunque Lenin y Martov habían comenzado a 'hablar alemán', su lenguaje era completamente distinto en realidad. Para Martov, 'hablar alemán' significaba adaptarse al semiabsolutismo ruso con idea de 'europeizarlo' gradualmente; para Lenin, esa expresión quería decir tanto como utilizar, mediante el partido ilegal, las mínimas posibilidades legales de preparar una nueva revolución. Como demostró la subsiguiente degeneración oportunista de la socialdemocracia alemana; los mencheviques reflejaron con más exactitud el espíritu 'del habla alemana' en política. Pero Lenin comprendió mucho más acertadamente el curso objetivo de la evolución en Alemania como en Rusia: la época de reformas pacíficas iba siendo remplazada por la de las catástrofes"³⁹.

En 1912, un importante movimiento huelguístico marcó el comienzo de lo que Lenin llamó "auge revolucionario". Con una intervención muy ofensiva, el partido bolchevique pasó de tener en 1910 unos pocos centenares de militantes a dar un cambio significativo de su construcción en la vanguardia obrera. Según Trotsky, al principio "Lenin podía llegar por correspondencia o a través de algún agente todo lo más a treinta o cuarenta personas. Sin embargo, la tradición y las ideas imperantes entre los obreros

³⁹ León Trotsky, "El período de reacción" en *Stalin*, versión electrónica en www.marxists.org. Este mismo período le sirve a Trotsky para evaluar críticamente su afán de unidad entre mencheviques y bolcheviques como un error de "preparación revolucionaria": "El continuo cuarteamiento del Partido en grupos diminutos, que libraban ásperas batallas en el vacío, despertó en algunos un ansia de reconciliación, de concordia, de unidad a toda costa [...] En el año 1904 (esto es, desde el momento en que se manifestaron diferencias de opinión sobre el carácter de la burguesía liberal), rompí con la minoría del segundo congreso (los mencheviques), y durante los siguientes trece años no pertenezco a ninguna facción. Mi posición en el conflicto interno del Partido vino a ser la siguiente: mientras los intelectuales revolucionarios dominasen entre los bolcheviques y también entre los mencheviques, y mientras ambos bandos no se aventurasen más allá de la revolución democrático burguesa, no había motivo para un cisma entre ellos; en la nueva revolución, por la presión de las masas trabajadoras, ambas facciones se verían impelidos en todo caso a asumir una posición revolucionaria idéntica, como hicieron en 1905. Ciertos críticos del bolchevismo siguen considerando mi antigua posición conciliadora como la voz de la prudencia. Y, sin embargo, su falsedad profunda ha quedado demostrada hace mucho tiempo, tanto en la teoría como en la práctica. Una sencilla conciliación de bandos sólo es posible a base de una especie de línea 'intermedia'. Pero, ¿dónde está la garantía de que esa línea diagonal trazada artificialmente coincida con las necesidades del desarrollo objetivo? La tarea de los políticos científicos consiste en deducir un programa y una táctica del análisis de la lucha de clases, no del paralelogramo (siempre en movimiento) de fuerzas tan secundarias y transitorias como son las facciones políticas. Verdad es que la posición de la reacción era tal que contraía la actividad política de todo el Partido dentro de límites sumamente estrechados. Por entonces, podría parecer que las diferencias de opinión eran de poca monta y que los dirigentes emigrados exageraban su importancia. Pero precisamente durante el período de reacción era cuando el Partido revolucionario no estaba en condiciones de ejercitar a sus cuadros sin una perspectiva más amplia. La preparación para el mañana era un elemento muy significativo en la política del momento. La política de conciliación descansaba en la esperanza de que en el curso mismo de los acontecimientos impondría la táctica necesaria. Pero aquel optimismo fatalista significaba en la práctica no sólo repudiar la lucha faccional, sino la idea misma de un partido, porque si 'el curso de los acontecimientos' es capaz de dictar directamente a las masas la política justa, ¿para qué sirve ninguna unificación especial de la vanguardia proletaria, la elaboración de un programa, la elección de líderes, el ejercitarse en un espíritu de disciplina?"

más avanzados era un capital tremendo que fue utilizado después⁴⁰. Pero luego conquistaron varios miles de militantes, gracias a la combinación entre la existencia de una organización ilegal implantada en las fábricas que ganó una considerable influencia a través de su prensa, con otras tareas legales como la conquista de la mayoría de los diputados obreros a la Duma, lo que le permitió dirigir a la vanguardia obrera.

En el mismo sentido tuvo lugar la división en el movimiento socialista de la II^o Internacional con el estallido de la Guerra. La mayoría, y entre ellos los más importantes dirigentes, abandonaron el internacionalismo y los programas de sus propios partidos sumándose a los “esfuerzos de guerra” de sus propias burguesías imperialistas nacionales. Lenin supo quedarse en minoría levantando el “derrotismo revolucionario” como una posición de principios, que consistía en plantear que la clase obrera no debía intervenir en la guerra apoyando a “sus” burguesías y que debía tener el norte de enfrentarlas, buscando reagrupar a los pocos internacionalistas que se opusieron a este curso mayoritario, y como una política de largo aliento que le permitiría intervenir cuando la guerra diera lugar a la revolución. Ese “bloqueo” al abandono de los principios y el programa revolucionario, aparentemente “sectario” por aislarse de las opiniones de las masas, fue lo que le permitió intervenir con una política internacionalista revolucionaria cuando los sufrimientos inauditos de las masas en la guerra se hicieron insoportables, y preservar de esta forma el contenido de la política que terminó siendo una de las tareas motoras de la revolución rusa de 1917. Esta posición en la guerra terminó elevando a Lenin como el gran estratega revolucionario a escala mundial, lo que al principio se dio en una soledad casi absoluta y, sin embargo, le permitió interpretar los nuevos tiempos en una era de catástrofes y dar curso a una audacia de pensamiento que se demostró en la intervención con las *Tesis de Abril*, que sacaban todas las conclusiones de la nueva situación impulsando a la clase obrera en la idea de “todo el poder a los soviets”.

El Lenin “sectario” de la guerra está orgánicamente ligado al de las *Tesis de Abril*, y a pesar del salto que implicaron las enseñanzas de la guerra, tampoco el bolchevismo resurgió con la revolución de febrero “de la noche a la mañana”. Los tiempos se acortaron, es cierto, pero el acontecimiento no creó sus propias condiciones. La propia “revolución de febrero”, caótica, sin dirección, espontánea, nacida de la descomposición del propio régimen y del hartazgo de las masas sin plan previo alguno, no careció, sin embargo, de la influencia bolchevique. Lenin reflexionaba a propósito del rol de la influencia de las ideas del periódico bolchevique *Pravda*: “Es evidente que los sectores avanzados de los trabajadores pravdistas, ese baluarte de nuestro partido, han sobrevivido, a pesar de las terribles devastaciones que han sufrido en sus filas⁴¹. En el mismo sentido, Trotsky explica en un pasaje clásico de *Historia de la Revolución Rusa* cómo la influencia ganada previamente por el partido de Lenin fue fundamental, si no para comenzar la revolución, donde los bolcheviques tuvieron un rol más dubitativo, si a la hora de la intervención revolucionaria: “A la pregunta ¿quién dirigió la insurrección de Febrero?, podemos, pues, contestar de modo definido: los obreros concientes, templados y educados principalmente por el partido de Lenin⁴²”.

Con la clave de interpretación que da Bensaïd no pueden explicarse coherentemente aquellos momentos en los que prima la paciencia revolucionaria, las tareas preparatorias y clarificación de los objetivos estratégicos y las delimitaciones programáticas. No

⁴⁰ Trotsky, “Luchando contra la corriente”, *Escritos 1938-39*, Bogotá, Pluma, p. 372.

⁴¹ Lenin, “Carta a Schlyápnikov”, *Obras Completas*, Tomo XLIX, op. cit.

⁴² León Trotsky, *Historia de la Revolución Rusa*, Madrid, Ed. Sarpe, 1985.

hay forma de llegar a un acontecimiento revolucionario sin la preparación y la previsión basadas en un manejo dialéctico entre la clarificación política y la apertura hacia las posibilidades revolucionarias de una situación, entre la intransigencia ideológica y la flexibilidad táctica, que Lenin, como un gran “estadista” de masas, supo tener. Cuando Bensaïd separa antidialécticamente estos dos momentos, la lógica de su explicación se basa en un corte metafísico que termina justificando cualquier tipo de giro pragmático. En cierto sentido Bensaïd tiene un rasgo en común con aquellas interpretaciones de la historia del partido bolchevique que buscan construir una antinomia entre la actuación de Lenin en los momentos de “apertura” como 1905 o febrero de 1917, con la ubicación supuestamente “sectaria” de éste en aquellos momentos de reacción o en los que prima el reformismo. Marcel Liebman, por ejemplo, incurre en esta operación en su clásico libro *El Leninismo bajo Lenin*, donde la historia del bolchevismo es analizada a través de la figura excepcional de Lenin y su enorme habilidad política para poder acertar en los momentos de giro a izquierda de las masas obreras, subvaluando completamente el papel jugado en las luchas internas dadas previamente. Los momentos de radicalización política son especialmente resaltados mostrando cómo Lenin proponía medidas audaces para que el partido pudiera construirse. Pero, por otro lado, son condenadas como “sectarias” las peleas dadas por Lenin en aquellos momentos en los que las ideas revolucionarias tenían que “remar contra la corriente”, donde para Liebman primaría en Lenin un supuesto “vanguardismo sustitucionista” de las masas, un “obrerismo cerrado” ante los adversarios políticos y sus métodos se volverían brutalmente fraccionalistas y autoritarios.

Pero el pensamiento de Lenin tenía una lógica política que articulaba esos momentos de “apertura” del partido con otros momentos, de “cierre” donde el partido debía defender las posiciones políticas previamente conquistadas. Los momentos de apertura fueron para poder confluir con lo más avanzado que daba la clase obrera, como en la revolución de 1905, donde contrariamente a una subestimación de la espontaneidad obrera, buscó llenar de obreros los comités socialdemócratas porque veía que en momentos revolucionarios había una tendencia “espontánea” hacia el programa revolucionario. Consecuentemente con esto promovió, contra los llamados komitetchikis, un giro de 180 grados hacia el cambio de composición social del partido, buscando que los nuevos obreros con su experiencia de lucha estuvieran en todos los lugares de responsabilidad de las cuestiones partidarias. En este proceso, el pensamiento de Lenin se vio enriquecido, sobre todo por la experiencia de los soviets, dando por resultado una combinación más precisa y equilibrada entre el “marxismo revolucionario” (partido) y la “espontaneidad obrera”, que superaba el estadio tradeunionista al que polémicamente había encasillado en *¿Qué Hacer?* a esta última. Pero también fueron claves en el acervo leninista los momentos donde primaba la delimitación política y organizativa que se imponían ante las situaciones de reflujo. Esto fue imprescindible para que el partido pueda operar como un “bloqueo” al retroceso y preservar las posiciones políticas conquistadas y para preservar los avances logrados en la experiencia de la clase y su vanguardia. Es decir, para que aquello más avanzado que había dado la realidad en un momento de ascenso no se perdiera en las aguas turbias de la reacción política, la represión y la desmoralización, y que, por el contrario quedaran “grabadas a fuego” en el programa, las lecciones estratégicas y los cuadros, conformando una “dirección” que lejos de desaparecer pudiera retomar el camino en los futuros ascensos.

Con el esquema de Bensaïd basado en resaltar unilateralmente los momentos de “saltos” se hace difícil presentar un contrapunto serio a las tesis de Liebman en las que presenta al partido bolchevique como un aparato burocrático y al bolchevismo como

una suma de políticas y métodos ineficaces y sectarios para confluir con las masas, donde se intenta justificar el rol innegable del partido de Lenin en la revolución a partir de considerar que hubo un cambio de composición y un giro de 180 grados por el cual el viejo aparato en realidad fue tomado como propio por la vanguardia obrera, dando por resultado un partido “desbolchevizado”, en el que Lenin pudo imponer su impronta “desde afuera” con el planteo de “todo el poder a los soviets” y con lo cual pudo lograr la adhesión al bolchevismo del propio Trotsky. Si hay algo de cierto en esto, es que el partido bolchevique vivió durante los eventos revolucionarios de 1917 un proceso de fusión a gran escala, pero que de ningún modo podía significar una “fusión desbolchevizadora” para un partido marcado históricamente por su objetivo de confluir con la vanguardia obrera, y que expresaba en su base la presión más revolucionaria de aquella en contraposición con el oportunismo de los autollamados “viejos bolcheviques” que seguían atados a fórmulas atardecidas.

De conjunto, estos breves señalamientos sobre la historia del bolchevismo permiten entender cómo se articulan en los distintos períodos las distintas tácticas planteadas por Lenin y es lo que explica, en última instancia, esa interrelación entre la flexibilidad táctica y la intransigencia ideológico-política. Sin dar cuenta de esto, las apelaciones al realismo de Lenin, a su capacidad de reconocer las oportunidades y la necesidad de realizar “transacciones” y compromisos, siempre justificados por las “coyunturas”, terminan reduciendo la “política leninista” a una justificación de planteos oportunistas de distinto tipo.

A MODO DE CONCLUSION (QUE ES Y QUE NO ES EL LENINISMO ACTUAL)

Si tuviéramos que buscar una clave esencial de la política de Lenin sería esa aspiración permanente por lograr hacer realidad la fusión del marxismo revolucionario y la clase obrera. Para lograr esto, sus elementos fundamentales eran la construcción de un partido obrero de vanguardia, el cual adquiere realidad histórica a partir de una dialéctica constante entre la clase y el marxismo militante organizado en partido; una lucha por los soviets como la más amplia forma de autoorganización obrera y de frente único; la independencia de clase como principio elemental que guía la política, en la lucha por la hegemonía del proletariado y en el internacionalismo proletario, la estrategia de la revolución obrera y socialista como destrucción violenta del Estado burgués, y su reemplazo por un Estado obrero transitorio basado en la democracia soviética y la extensión permanente de la revolución a escala mundial para luchar por una nueva sociedad en todo el planeta. Todas estas cuestiones transformaron a Lenin en el estratega central de la política del proletariado, pero justamente están ausentes en los escritos de Bensaïd. Lamentablemente éste silencia, abandona, da por perdidas o atenúa la importancia de estas ideas, y su reivindicación de la política de Lenin va en un sentido opuesto. Optimista de “la política”, la recupera por fuera de sus contenidos de clase, ya que en última instancia pareciera compartir con liberales y autonomistas un escepticismo en las actuales potencialidades revolucionarias de la clase obrera y en las tareas necesarias para recomponer las ideas revolucionarias de Lenin haciéndolas fuerzas vivas en la realidad.

Toda la reflexión que realiza Bensaïd entre la “tradición” revolucionaria de Lenin y la “actualidad” de ese legado termina en una empresa filosófica cercenada de objetivos revolucionarios. Adaptándose a un largo momento de retrocesos de la clase obrera, Bensaïd se conforma con abordar los problemas estratégicos según sus debilidades actuales y se inclina por pensar una política de medio tiempo, de los mandatos regulares y los tiempos estatales.

Podemos ver así que en Bensaïd, al igual que todo un sector de la izquierda, la reivindicación de la “política” contra las tendencias autonomistas signifique meramente el planteo de construir frentes “antineoliberales” y/o partidos amplios “anticapitalistas”; partidos sin una clara referencia de clase y basados en programas “con delimitaciones incompletas o inacabadas”⁴³ o sencillamente un programa mínimo de reformas, centrados en la intervención electoral. Bensaïd llega a explicarlo muy claramente: “la cuestión es precisamente saber por dónde se trazará la delimitación, de acuerdo a la situación concreta y a los socios de que se trate”⁴⁴. Una cuestión en la que coincide con los planteos de Alex Callinicos, el principal ideólogo del SWP británico, quien plantea:

“Cuando la actual ola de resistencia empezó con las protestas en Seattle y Génova, la ideología que dominaba dentro de los nuevos movimientos era hostil hacia los partidos políticos, sobre la base de que era suficiente con ‘movimientos sociales autónomos’ para combatir al capitalismo neoliberal. Pero la verdadera lógica del desarrollo de los movimientos se ha dado en la dirección opuesta: cuanta mayor intervención en el terreno político, más difícil se vuelve eludir los temas de la representación y la organización política. [...] El regreso de lo político está encontrando expresión en el surgimiento de nuevas formaciones políticas de la izquierda radical. Respect, el Linkspartei, el Bloco de Esquerda y el Partido Socialismo e Liberdade son partidos amplios que unen fuerzas políticas con muy diversos entornos políticos, cuyos programas dejan abiertos asuntos estratégicos fundamentales como el debate entre reforma y revolución. Esta formación partidaria relativamente flexible y abierta se ajusta a las necesidades de la situación actual. La intersección de la resistencia al neoliberalismo con la crisis a largo plazo de la socialdemocracia está provocando agitación, liberando elementos importantes de los partidos de la Segunda Internacional, *es esencial que los nuevos partidos sean lo suficientemente abiertos política y organizativamente para ser habitables para los refugiados de la socialdemocracia* [itálicas nuestras, N. de R.]. Contraponer la necesidad abstracta de un partido revolucionario de masas con la desagradable realidad del liberalismo social, sería desperdiciar una oportunidad histórica de reconstruir la izquierda sobre la base de la oposición hacia el neoliberalismo y el imperialismo”⁴⁵.

La propuesta es entonces partidos o movimientos que pueden servir para acoger a “refugiados de los partidos socialdemócratas” y para obtener algún éxito electoral pero que en manera alguna tienen que ver con ir fogueándose en la lucha de clases, de forma de prepararse para jugar un papel decisivo en futuras “crisis revolucionarias”. Una cuestión que podemos ver en América Latina con el caso del PSOL, en realidad una especie de “cooperativa electoral” entre distintas tendencias salidas del PT, con un programa que no se delimita del reformismo y que no tiene ninguna unidad de intervención en la lucha de clases, sin siquiera organismos comunes de debate entre la militancia.

Pero postular esta ausencia de delimitación entre reforma y revolución no es ninguna muestra de “realismo leninista” sino una verdadera involución estratégica. En tiempos donde la clase obrera comienza a dar signos de recomposición en varios países, más allá de las distintas e imprescindibles tácticas –alianzas, bloques, frentes únicos, e incluso frentes electorales– que permitan avanzar a los trabajadores en su independencia de

⁴³ Intercambio de cartas Bensaïd-Callinicos, ver página web www.ft-ci.org.ar.

⁴⁴ Ídem.

⁴⁵ Extractos de “Perspectivas Internacionales”, declaración del SWP/IST en www.istendency.net.

clase, se trata de renovar la “apuesta leninista” por el desarrollo estratégico de partidos revolucionarios de la clase obrera que expresen la fusión de la intelectualidad marxista con lo mejor de la vanguardia obrera.

León Trotsky explicó en sus lecturas de los escritos filosóficos de Lenin que este no era un hombre infalible, que cometía muchos errores, pero estos errores siempre se encontraban a izquierda de los movimientos históricos coyunturales y por ello se mostraban más acertados cuanto más a largo plazo considerábamos esos movimientos. Por el contrario Martov, su amigo y adversario político de toda la vida, era un político lúcido en el día a día, pero sus errores eran siempre a derecha de los grandes problemas estratégicos. Esto era así porque operaban con dialécticas distintas:

“Si todo el pensamiento contemporáneo está penetrado por elementos de la dialéctica, entonces esto es aún más cierto para el pensamiento político de los mencheviques, que han pasado por la escuela del marxismo y por eventos revolucionarios. Pero las dialécticas difieren. Martov comandó la dialéctica muy agudamente, en muchos casos, con gran virtuosidad. Pero ésta era una dialéctica cercana a su pensamiento sobre los fenómenos en el ambiente conectado a la inteligencia del estrato más alto de los trabajadores. Martov analizó a veces muy inteligentemente los reagrupamientos en la esfera de la política parlamentaria, cambios en las tendencias de la prensa, las maniobras de los círculos dominantes —en tanto y en cuanto todo esto estuviera limitado a la política en curso, el estadio preparatorio para eventos distantes o a las condiciones pacíficas cuando sólo los líderes, diputados, periodistas y ministros de la Europa de preguerra actuaban en la arena política, cuando los antagonistas básicos permanecían virtualmente inmutables. Entre estas fronteras Martov nadaba como un pez en el agua. Su dialéctica era una dialéctica de procesos derivados y cambios de escala limitada, episódicos. Más allá de esas fronteras no se aventuraba. Por el contrario, la dialéctica de Lenin tenía un carácter masivo [...] operaba con las clases vivas como los factores básicos de la sociedad y así revelaba todo su poder en aquellos períodos en que las grandes masas entraban a escena, esto es, en períodos de profundos cataclismos, guerras y revoluciones. La dialéctica leninista era una dialéctica de gran escala. [...] el pensamiento de Martov mostró crecientemente su debilidad, convirtió la dialéctica en simplemente una pantalla para la incertidumbre interna, y cayó bajo la influencia de los empiristas vulgares. Por el contrario, el pensamiento de Lenin analizó todos los fenómenos secundarios, todos los elementos de la superestructura más penetrantemente cuanto más inmediatamente dependían de los movimientos de clases que estaban ocurriendo. De etapa a etapa el pensamiento de Lenin se hizo más fuerte, más audaz, y al mismo tiempo más agudo y más flexible”⁴⁶.

Los postulados políticos con los que Bensaïd intenta componer qué hay de actual en Lenin van quedando “a la derecha del movimiento histórico”. Por el contrario, solamente siguiendo la estrategia de Lenin podremos estar acertados en las luchas por venir. Hoy los tiempos para esta política leninista pueden parecer más largos, pero es la única manera de prepararnos para el momento donde las “grandes masas entren en escena” verdaderamente y el pensamiento de Lenin nos revele “todo su poder”.

⁴⁶ León Trotsky, “Cuadernos 1933-1935. Escritos sobre Lenin, Dialéctica y Evolucionismo”, *Escritos Filosóficos*, Bs. As., CEIP, 2004, p. 57.